

Conferencia inaugural en el IV FÓRUM DE CIUDADES Y TERRITORIOS DE ESPAÑA

Málaga 10 de Noviembre de 2016

Agradezco a la Presidenta de la Asociación España Creativa y presidenta también de este Fórum, Belén Elisa Díaz, su amable invitación para pronunciar esta conferencia de apertura del IV Fórum de Ciudades y Territorios de España con la temática “Economía Creativa: nuevas oportunidades de negocio, emociones y conectividad en Ciudades y Territorios Creativos”. Hemos de agradecer también al Ayuntamiento de Málaga y al Centro de Arte Contemporáneo, en la figura de su director, Fernando Francés, que hagan de excepcionales anfitriones para la celebración de este evento.

He de empezar diciéndoles que, en razón de la cultura a la que pertenezco y, sobre todo, a mi edad, estoy aquí más en el papel de observador que de ponente, pues dada la temática del Foro, quien tenía que estar aquí hablándoles no es un esforzado y añejo emigrante digital sino uno de esos fluidos nativos digitales que han presentado este año 31 proyectos innovadores y creativos, todos ellos con el común denominador de un contagioso optimismo hacia el futuro, que falta nos hace. Analizando estos proyectos en la preselección como miembro del Jurado, he experimentado unas sensaciones estimulantes, pero extrañas, que me han hecho profundizar en una sensación ya intuida: que la historia se estaba acelerando de una manera inédita, que se estaba produciendo una auténtica ruptura entre pasado y presente, y que el desconcierto ante los cambios vertiginosos que se dan en nuestra cotidianeidad procedían de percibir lo sobrevenido como una auténtica mutación.

Porque, en efecto, no resulta fácil comprender la **verdadera mutación** que, en todo orden de cosas, traducen hoy sobre la ciudad y el territorio los fenómenos de la globalización, de la mundialización de la economía y la revolución tecnológica, con todas sus inmediatas secuelas interpretativas que subyace en el sistema de valores de occidente. Hemos podido leer los análisis más lúcidos que han caído en nuestras manos sobre estos fenómenos- Zygmunt Bauman, Ulrich Beck, Jean Baudrillard, Gilles Lipovetsky, Anthony Giddens, ...- pero todos parecen encontrarse en el ojo del huracán, que no es precisamente el mejor lugar para contemplarlo con perspectiva. Y si todos estos grandes pensadores, como buenos científicos, analizan la realidad por **deducción**, en las

memorias de estos proyectos (evidentemente desiguales en su concepción, oportunidad y alcance estratégico), los autores que los presentan- con toda seguridad todos jóvenes- operan por **intuición**, pues son proyectos nacidos “**de**” y “**en**” la globalización, son hijos naturales de su circunstancia, consustanciales con unos valores que la generación pasada precipitadamente creía desaparecidos, con la arrogancia de quienes no entienden lo que pasa, pero que están ahí, reverdecidos, nobles, triunfantes, esperanzadores, con ese optimismo primordial de quienes perciben que el tiempo les pertenece, aunque oficialmente sean éstos unos malos tiempos. Los proyectos presentados al concurso entienden perfectamente (a su manera) de qué va el mundo, de qué va la ciudad global y cómo hay que aplicar sobre ella los valores de la solidaridad, la recuperación del bienestar perdido, el respeto por la diversidad étnica y cultural, los derechos del prójimo y los derechos de la Naturaleza, el valor del trabajo, la creatividad, la constancia y la imaginación, la instintiva percepción de que el mundo- (diga lo que diga Donald Trump)- es hoy más que nunca un ámbito de inclusión y no de exclusión. En definitiva, y contrariamente al pesimismo que produce una situación que se rechaza porque no se entiende, los jóvenes emprendedores que constituyen el recambio generacional están reciclando, renovando y adaptando a los vertiginosos tiempos modernos los principios de la Ilustración, sin que nadie se los haya contado y sin tener quizás mucha conciencia de ello.

Pero, evidentemente, la alusión a este optimismo no significa en modo alguno que estemos en el umbral de una Arcadia feliz, sino una incitación a la comprensión del mundo en que vivimos si queremos ser sujetos activos y no pasivos de una realidad que nos desborda como la ola al surfista inexperto. Y si estamos hablando de Economía Creativa, no podemos olvidar que la Economía no es una ciencia abstracta, sino concreta, y que encuentra en el territorio, la ciudad y su gente las razones de esa concreción. Aproximémonos, pues, a la naturaleza del espacio, de la ciudad, del territorio y, en general de lo urbano, hoy.

Hasta el advenimiento de la crisis planetaria en la que estamos sumidos, el proceso según el cual habíamos consumado hoy en el mundo la hipótesis formulada por Henri Lefèvbre de la sociedad urbanizada bien pudiera haberse producido con arreglo al siguiente **decálogo**:

1/Sistema económico basado en el CONSUMO masivo de productos, no importa cómo éstos se hayan elaborado ni cuál hayan sido los recursos empleados.

2/ Incorporación al mercado de una ingente masa de consumidores gracias a los sistemas personales de comunicación que aumentan sus opciones electivas.

3/Aumento del nivel adquisitivo mediante la acumulación de riqueza generada por el crecimiento urbano y el desarrollo inmobiliario.

4/ Concepción del crecimiento urbano como un motor económico en sí mismo, es decir, el crecimiento como un factor estructural de la generación de riqueza y no como la consecuencia natural de la acumulación de ésta.

5/ Máxima concentración empresarial en los sectores estratégicos de la producción en un régimen transnacional y monopolista.

6/ Brecha cada vez más grande entre un primer mundo que detenta la alta tecnología y la capacidad de decisión y un tercer mundo concebido como granero y mano de obra barata para aquel.

7/ Transferencia de la producción tradicional o estándar de los países más avanzados a zonas menos desarrolladas pero con salarios más bajos, permaneciendo en los primeros las industrias de alta tecnología.

8/ Inserción del sistema de ciudades en un esquema mercantil fuertemente competitivo entre ellas con políticas internas que atienden más al marketing y al escaparate que a los equilibrios internos y a las necesidades ciudadanas.

9/ Altas concentraciones demográficas en megalópolis o en urbanizaciones difusas que exigen enormes desplazamientos motorizados, toda vez que las ciudades responden a modelos segregados, en donde las funciones básicas- residencia, educación, trabajo y ocio- se encuentran a grandes distancias unas de otras.

Y 10/ En definitiva, generación de un sistema global de ciudades medias, ciudades grandes y megalópolis cuyas inmensas demandas de recursos, dentro de la globalización económica, provocan huellas cada vez más profundas y anchas, ecológicas y sociales, cercanas y lejanas, con una evidente pérdida de la calidad de vida en todos los sentidos.

La ciudad, lo urbano, se dispersa en una post-metrópolis inabarcable, un ectoplasma cada vez más indiferenciado y ubicuo que, al desbordar la finitud, hace que sea materialmente irrepresentable, intelectualmente inconcebible y, en muchos casos, políticamente ingobernable. Aquí en España, todavía en los años ochenta del pasado siglo podíamos saber

dónde estaban los límites de la mayoría de nuestras ciudades. Pero ¿podemos decir hoy dónde empieza y dónde termina esta ciudad-región que es la Sevilla, Bilbao, Valencia, Barcelona, Madrid o la Málaga metropolitanas? ¿Qué sentido tiene hoy el concepto de ciudadanía cuando su referencia territorial no puede ser abarcada ni física ni intelectualmente? ¿Qué papel puede jugar el ciudadano-actor cuando el escenario se le desvanece en el infinito? Si las políticas urbanísticas y económicas están íntimamente interrelacionadas, ¿cómo podemos hacer una adecuada planificación económica sobre referencias locales difusas, desflecadas, fantasmagóricas, incomprensibles?

Por otro lado sabíamos que el Siglo de las Luces entronizaba la Razón como el prisma bajo el cual el universo habría de ser contemplado, lo cual supuso un antes y un después en la Historia de la Humanidad. Pero la subsecuente Revolución Industrial que, como sabemos, inició un proceso de desplazamientos migratorios y concentración urbana hasta entonces sin precedentes, atribuyó a la técnica un poder omnímodo sobre el universo, poniéndolo a disposición del ser humano en tanto que centro y eje de la creación. Esa traza del progreso que va desde la tejedora Jenny y la máquina de vapor de Watts hasta la nanotecnología ha discurrido, imparable, impulsada por el optimismo en las capacidades de la acción humana para modificar el medio y fabricar artefactos en su beneficio, sin tener en cuenta a veces los efectos colaterales que ha supuesto el dominio de las fuentes de energía que los hacen funcionar, hasta que ha sido el propio planeta el que ha protestado, poniendo límites a las posibilidades mismas de habitabilidad sobre él. Si la huella ecológica de la ciudad tradicional se circunscribía al territorio más inmediato, en la actualidad el impacto de más de 4.000 millones de personas (el 65% de la población mundial) viviendo en más de treinta megaciudades conurbadas, supera con mucho la capacidad de carga de sus entornos fronterizos, con una huella global imposible de ser compensada por reserva alguna, emitiendo a la atmósfera, en su funcionamiento diario, miles de toneladas de gases de efecto invernadero.

El medio urbano, pues, está en el umbral de afrontar una situación a) anímicamente insoportable, b) económicamente incierta y c) ecológicamente insostenible.

Ciertamente hace más de treinta años que se vienen produciendo hitos y eventos interestatales a lo largo de los cuales se ha ido perfilando un nuevo paradigma de ciudades sostenibles, por más que muchos de ellos se hayan quedado en su ropaje retórico, desde el informe del Club de Roma de 1972, la conferencia de Estocolmo del mismo año, el informe Bruntland

de 1988 (donde se acuñó por vez primera el término Desarrollo Sostenible), la cumbre de Río de 1992, con sus conclusiones conocidas como Agenda 21, la Carta de Aalborg de 1994, el Hábitat II de Estambul y así hasta la Carta de Leipzig sobre ciudades europeas sostenibles de mayo del 2007. Pero ha sido la crisis financiera de la que aún padecemos sus coletazos, la retracción del consumo y el aumento pavoroso del desempleo lo que ha impulsado ahora una conciencia de sostenibilidad, más que una comprensión profunda y ecológica de la destrucción del planeta; porque se sigue pensando en amplios sectores que la crisis, con todo lo que de destructivo pudiera tener, es fundamentalmente financiera, es decir, que no hay dinero para hacer funcionar el sistema, pero no se acaba de entender que lo que ha entrado en quiebra es, precisamente, **el modelo socioeconómico y territorial en el que el mundo se sustenta**. Generalmente las políticas y las mundializadas medidas anti-crisis se han centrado en acudir en socorro del capitalismo financiero y en la precarización del Estado del Bienestar o su impúdico recorte, porque, claro, hay que ir hacia un nuevo modelo productivo, faltaría más, pero eso sí, haciéndolo desde las mismas bases culturales y socioeconómicas anteriores a la crisis. Por eso es normal ver cómo los gobiernos se aplican a medidas correctoras al final del proceso de producción y consumo, manteniendo intocables las causas que dan origen a la degradación ambiental. Ejemplo de los coches: el coche contamina por la emisión del CO2 de los carburantes fósiles, luego hagamos coches eléctricos eludiendo el tema fundamental que es la necesidad de que haya MENOS COCHES, ¿y por qué? **Pues porque el modelo urbano sostenible, o sea HABITABLE, tiende a la plurifuncionalidad, la proximidad y la autosuficiencia de los lugares de manera que se minimicen los desplazamientos.**

Y sobre todo Internet, que es en lo que se resumen las Tecnologías de la Información y la Comunicación. Internet, el verdadero causante de que estemos percibiendo un cambio de era, una transformación del mundo en un gerundio vertiginoso y cotidiano, pero tan intenso como una prolongada glaciación. Hasta ahora, históricamente, el mundo siempre ha estado concebido en términos duales o dicotómicos (un dentro y un afuera, la ciudad de las murallas y el campo exterior, lo nuestro y lo ajeno, el capitalismo y el comunismo, el convencional eje del Bien y el eje del Mal...enfín, toda una interpretación del mundo, todo un fundamento de los comportamientos éticos basado en una “dialéctica de contrarios”. Más que el hecho histórico de lo que Bauman llama “El Gran Cisma”, esto es, la caída del muro de Berlín, que deshace la dicotomía Este-Oeste con sus

enormes implicaciones, es en realidad Internet lo que impone sobre el mundo la existencia de una realidad ambivalente, fluctuante y paradójica que, a su vez, obliga a una forma paradójica de pensar, como reclama Baudrillard, derivada de la existencia de dos mundos paralelos y complementarios: me refiero al espacio de los flujos, (el ciberespacio), y el espacio de las cosas materiales: el mundo y su doble, realidad virtual y realidad real, aunque mejor habríamos de decir dos facetas de una misma realidad en la que indefectiblemente está concernida la existencia humana. Por muy lúcidos que sean los análisis sobre esta realidad nunca conseguimos superar ese punto de vista- cargado de antigua ideología- que ve estas dos facetas como términos en conflicto, y no complementarios. La historia ya no lleva un curso lineal, ni siquiera circular, como sostenían entre otros Splenger y Toynbee, sino que es yuxtaposición, amalgama y simultaneidad. Hasta ahora hemos sabido movernos en la dialéctica de lo **UNO o LO OTRO, pero no en la simultaneidad de lo UNO Y LO OTRO**. Podríamos decir, forzando algo el argumento, que es ahora, con Internet y la globalización, cuando se empieza a intuir una situación que no tiene nada que ver con el batacazo de Fukuyama sobre el **fin de la Historia** tras la caída del muro, pero sí, al menos una lejana intuición de que podemos estar culminando el tercer estadio de la tríada hegeliana, esto es, la SÍNTESIS, tras muchos siglos de haber escrito la Historia en términos de TESIS Y ANTÍTESIS.

Los jóvenes de hoy, los que han nacido en la Galaxia Internet después de haber estado cinco siglos viviendo en la Galaxia de Gutenberg, viven con toda naturalidad la naturaleza dual de su hábitat, en el que esa especie de promiscuidad cósmica y general que propicia el ordenador, el Tablet, el teléfono móvil o cualquier otro invento de comunicación universal que se esté inventando en el momento de pronunciar estas palabras, es decir, **el espacio de los flujos**, se superpone a una ciudad tangible y física (Me resisto a llamarla real porque ambas son complementarias, tan real es la única como la otra). Lewis Mumford decía que *el pensamiento toma forma en la ciudad pero, a su vez, las formas urbanas condicionan el pensamiento*. Hasta ahora eran las formas tangibles de la ciudad aquellas con respecto a las cuales habíamos moldeado, en el roce cotidiano con ellas, nuestra condición ciudadana. Hoy día el ciudadano del siglo XXI ha

moldeado su pensamiento desde dos formatos indisociables, el local de la ciudad física y el global de la planetaria ciudad de los flujos. Sin problemas. Son gente que han superado una de las viejas contradicciones: han resuelto la dicotomía **CERCA-LEJOS**. Han conseguido **aproximar** el mundo a ellos, acercarlo, un “face to face” con el mundo. La **APROXIMACIÓN** es una forma de hacer inteligible el espacio en el que se vive. Uno entiende el mundo, la ciudad, incluso uno llega a entenderse a sí mismo si sabe dónde están los límites, los perfiles, del medio en el que vive. Aunque la globalización es un concepto en principio intelectualmente inefable (muchos autores han visto el paralelismo mítico entre la globalización y el Paraíso Terrenal), no se puede ser un Robinson Crusoe en el océano de la globalidad, porque el ser humano tiene una innata necesidad de referencia, de pertenencia a un lugar. Hoy uno puede vivir en la globalidad siempre que no pierda el dominio de la escala de su hábitat, como cuando antaño la ciudad era algo que tenía unos límites comprensibles, inteligibles, anímicamente dominables, es decir, cuando aún sabiéndose una pieza del UNIVERSO, se pisaba el terreno seguro de lo LOCAL.

Podemos extraer de aquí la intuición de un modelo de **ciudad sostenible (de ciudad habitable)** como aquella en la que cada lugar, cada barrio o distrito disponga de las condiciones de diversidad, de elementos de referencia, de identidad, de compatibilidad de usos, de espacios de convivencia y de niveles de autosuficiencia propios de la centralidad urbana tradicional. Cada lugar de la ciudad debe ser un espacio de centralidad, de manera que ningún ciudadano se sienta socialmente segregado por su condición periférica, por la infradotación de los elementos significantes de la urbanidad- como la calidad de los espacios públicos y equipamientos colectivos- y la hostilidad del propio medio para dificultar la convivencia vecinal. Y cuando formulamos este propósito como la única forma de abordar los problemas de las grandes ciudades ¿a qué modelo estamos aludiendo? Pues precisamente el modo de vida de los viejos barrios o los asentamientos agrarios tradicionales- los pueblos- que el modelo económico-urbanístico de la modernidad despreció cuando, tras los movimientos de los socialistas utópicos y el posterior de la Ciudad- Jardín, el urbanismo burocrático arrinconó los objetivos de ensamblar la Naturaleza con la ciudad para sancionar la definitiva

separación entre ambos, como dos conceptos refractarios y contradictorios, estableciendo una drástica distinción conceptual entre el universo urbano y el mundo de la Naturaleza.

Hoy, el redescubrimiento de los valores de lo urbano está en vivir la vida del pueblo **EN** la ciudad, **en volver la mirada a la calle, al vecindario, a la calidad de los espacios públicos próximos, en los bares y lugares en los que, tras dejar el ordenador que minutos antes nos ha conectado con la ciudad planetaria y el conocimiento universal, trabajando en ella a distancia, descendemos a la ciudad del barrio para juntarnos físicamente con nuestros semejantes, celebrando con ellos todos los ritos propios de la comunidad, la charla, el debate, la participación en las alegrías e inquietudes.** Es decir, el tipo de convivencia que propician los núcleos tradicionales y agrarios. Pero no estamos hablando aquí de un ecologismo políticamente correcto ni de un "dilettantismo" de urbanitas desencantados, como una reedición del movimiento "beatnik". El reto es más apasionante y de mayor calado: si el campo, el mundo agrario ha sido lo OTRO, ahora es el paradigma de lo urbano y de la modernidad, no sólo como un modelo de convivencia sino como un ejemplo de factores alternativos y verosímiles de productividad, mediante la aplicación de las tecnologías de la comunicación, innovación y el conocimiento a recursos productivos ancestrales. Ante el desmoronamiento del modelo productivo planetario actual, como dice David Hammerstein en su magnífico prólogo al libro "Creando ciudades sostenibles" de Hervé Girardet, **"existen miles de comunidades y grupos en todo el mundo que están inventando alternativas propias para la revitalización de las economías locales, y están proporcionando con ello más autosuficiencia e igualdad, más cohesión social y más democracia y protección ambiental que las que nos puede ofrecer el reino de las multinacionales. Estas tendencias hacia el enraizamiento y los flujos de dinero y recursos desde el tejido local y para el tejido local, favorecen el apego hacia las relaciones humanas cercanas y la solidaridad, ayudan a la creación de empleo local y formas nuevas de trabajo menos dependiente y más estable y, a la vez, en mayor armonía con los límites y oportunidades de los sistemas ecológicos"**.

Este texto de David Hammerstein enuncia con bastante exactitud la filosofía que anima los propósitos de esta **“Economía creativa”** de base territorial y nos anima por la constatación de sus resultados empíricos, y no sólo por la seducción de una teoría políticamente correcta. Parece que estamos en el buen camino o, mejor dicho, **es que no hay otro camino**. En la atmósfera de la globalización- que contiene el aire que se respira- la creación de riqueza, la generación de empleo y el objetivo del bienestar social, - regenerándolo allí donde se deterioró y creándolo donde nunca lo hubo- deben ser objetivos que solo se pueden alcanzar fabricando unos productos que nada tienen que ver con los sistemas tayloristas y fordistas de producción en cadena de la etapa industrial. Pero hemos de prevenir, si hasta el momento se ha podido inferir otra cosa, que la globalización económica está muy lejos de producir por sí sola ese equilibrio en el bienestar, sino todo lo contrario; y que esa superación conceptual del antiguo mundo bipolar Este/Oeste se ha reproducido en otro Norte/Sur (incluso dentro de nuestras propias fronteras) agudizando una brecha entre el Primer Mundo que detenta la propiedad del capital y otros (llámese Tercero o Cuarto) adonde estos grandes centros de poder han externalizado sus servicios, con mano de obra más barata, para el aumento de sus dividendos. La Globalización, y su correlato, la Sociedad del Conocimiento, depara la gran paradoja de que el aumento de la rentabilidad de las grandes empresas transnacionales sobre las cuales el poder político tiene poca o nula capacidad de intervención, está en razón inversa a la creación de puestos de trabajo. El traslado sistemático de esos puestos de trabajo al sudeste asiático o América Latina por parte de los grandes conglomerados empresariales de los países europeos supera con creces las previsiones anuales de creación de empleo de los gobiernos respectivos. Ante eso uno acaba haciéndose una batería de preguntas: ¿cómo un invento humano destinado a poner los más sutiles rincones del conocimiento a disposición de la Humanidad puede abrir una profunda brecha en esa Humanidad? ¿cómo lo que inicialmente está concebido para propiciar la máxima inclusión puede producir tanta exclusión? ¿se puede ser competitivo donde uno quiera o donde le dejen? ¿Está, como vulgarmente se dice, todo el pescado vendido en la economía global? Realmente meter la cabeza en el círculo monopolista de la globalización, romper su estrategia implacablemente segregadora es muy difícil, porque

es muy difícil vencer la inercia de afrontar problemas nuevos con lentes viejas, lo que dificulta, a su vez, la tarea de encontrar nuevos productos, y sus nichos de competitividad.

La globalización, pues, puede verse de una manera ambivalente y contradictoria: la fascinación ante esta moderna versión de la mítica Biblioteca de Alejandría que encierra todo el conocimiento al alcance del universo, y la preocupación por que la hipertrofia de la tecnología que este conocimiento procura se vuelva en contra del factor humano en la medida en que lo sustituya. Pues bien, ni el Paraíso ni el Apocalipsis. Ni el lenguaje cibernético va a acabar con el lenguajes tradicional en la comunicación entre los humanos, ni la inteligencia artificial va acabar con la inteligencia natural, ni las ciudades del futuro, por muy inabarcables que sean, van a destruir el espíritu de la comunidad entre los ciudadanos encuadrados en unidades vecinales anímicamente comprensibles; en todo caso, mejoradas en la eficiencia de sus servicios gracias a la aplicación local de tecnologías extraídas del conocimiento global.

Lo que sí indudablemente va a cambiar es el motor de la economía. Hasta ahora siempre se ha pensado que el motor de la economía industrial, acrecentado en la economía globalizada, era el **CONSUMO**, y toda la política económica de los gobiernos van dirigidas a ello- incentivos fiscales, subvenciones, transferencias de fondos comunitarios, etc- pero eso sólo parcial y residualmente es cierto. Lo que realmente mueve la Nueva Economía es la **INNOVACIÓN**, lo cual no es precisamente un descubrimiento, aunque hoy se abuse de este concepto hasta el punto de esterilizarlo en ese vacío simbólico en el que flotan los mitos de la modernidad. Nada hay peor que vaciar de sustancia a los más elevados conceptos para anularlos en una retórica banal, y los que están ligados a la moderna sociedad del conocimiento- innovación, emprendimiento, sostenibilidad, eficiencia, etc- están sufriendo un ataque masivo de ese virus esterilizador. Conocimiento, innovación, desarrollo...¡Vaya huevo de Colón! ¿Es que acaso esos conceptos no eran los que impulsaban ya a Platón, a Newton, a Darwin, al inventos de la tejedora “Jenny”, al de la máquina de vapor o la fregona “Vileda”? EL conocimiento la innovación y el desarrollo son actitudes derivadas de la curiosidad humana que, en comunidades propicias, encontraron el adecuado estímulo social y

económico para aplicarlas a las cosas que nos rodean, haciendo de este mundo algo mejor y, de paso, aumentando el PIB de los países o regiones que apostaron por esas actitudes. En definitiva, el progreso desde el hombre de las cavernas hasta nuestros días está jalonado por una enorme cadena de innovaciones que no son otra cosa que el trasunto de la **CREATIVIDAD HUMANA**, cuyo ámbito de aplicación es la **CIUDAD**, en una **relación biunívoca, de manera que, actualizando el aforismo de Lewis Mumford, las características de ciudad actual, su territorio, su área de influencia, exhortan a unas nuevas formas de creatividad y, a su vez, esas nuevas formas de creatividad influyen sobre unos nuevos modos de adaptar el hábitat humano, de gestionarlo y de relacionarse con él.**

La iniciativa desarrollada por **ESPAÑA CREATIVA**, con el estímulo de proyectos que relacionen la economía con la cultura, la tecnología y la gestión del territorio urbano y rural es profundamente realista en sus objetivos inmediatos y profundamente ambiciosa en su horizonte, porque está en el camino correcto dentro de la confusión en la que está sumida este mundo cambiante. Acierta en el destino hacia donde se encamina la sociedad del conocimiento- y el modelo económico que lleva a aparejado- con sus luces y sus sombras, sus certidumbres y sus dudas. Pero para eso están estas convocatorias, para la verificación empírica de sus postulados, haciendo descender a la innovación desde la altura de su retórica mitificación a la realidad en una acción verdaderamente transformadora. Que los estragos producidos por la crisis sobre el Estado del Bienestar puedan ser paliados por las inimaginables posibilidades de un mundo en red en el que el conocimiento y la cultura, combustibles de la creatividad, reviertan de una manera eficiente sobre nuestras vidas dignificando tanto nuestros entornos como el propio concepto de ciudadanía. Esos entornos geográficamente acotados y comprensibles a los que nos hemos referido, esos fragmentos de lo urbano con los que dialécticamente convivimos, en los que se fragua nuestra identidad y en los que nos reconocemos, tienen que beneficiarse de los resultados de la aplicación de esa creatividad, del talento, de la eficiencia, del ahorro, del aumento del bienestar....en fín, de todas aquellas aplicaciones procedentes del mundo digital que permita, a partir del acceso e intercambio de conocimientos propiciados por la red global, producir recursos locales. Hoy, un habitante de una ciudad que,

por sus dimensiones, podría ser una metrópolis inabarcable, debe poder seguir sintiéndose ciudadano y VECINO, no ya porque se identifique anímicamente con una contingente comunidad física dentro de la complejidad del sistema urbano, sino porque, como dice el arquitecto Vicente Guallart, a partir del acceso a un conocimiento universal, puede utilizar éste para el bien propio y el de su comunidad: un conocimiento que le permite producir recursos localmente y participar en redes sociales globales de conocimiento y economía. Y Guallart concluye: “a más individuo, más sociedad”. (Y yo añadiría: y más rica). Este es el perfil del nuevo ciudadano, del nuevo vecino en las ciudades hoy inmersas en la sociedad del conocimiento.

Y permítanme terminar con una breve alusión a la ciudad en la que estamos y que se honra en acoger este Foro, en razón de que una iniciativa suya, la creación del barrio del SOHO, fue elegida en la convocatoria del años 2014.

Málaga, la única ciudad de más de medio millón de habitantes que no es capital autonómica, siempre fue una ciudad de connotaciones periféricas, tanto internamente, pues siempre fue una inmensa periferia en torno a su pequeño y languideciente Centro Histórico, como en el contexto general del país, muy alejada de los centros de poder político y administrativo. Sólo era una referencia como capital de la Costa del Sol, en el despegue económico del país tras la Autarquía, condición que perdió al segregarle el barrio de Torremolinos, que era el único significante de ese turismo de sol y playa que sirvió para capitalizar el país, junto con la emigración. A partir de los primeros ochenta, con el advenimiento de los ayuntamientos democráticos, la ciudad se dotó de un buen número de infraestructuras urbanas, equipamientos dotacionales, escolares y, sobre todo culturales. Antes ya había logrado la implantación de su Universidad y había iniciado un sólido despegue en la diversificación de su exangüe economía mediante la construcción del Parque Tecnológico de Andalucía. Durante treinta años, pues, Málaga ha estado cabalgando el caballo de la Cultura y el Progreso pero, a pesar de ello, nunca sus logros habían cuajado en un sentido de capitalidad ni había estimulado sentimientos de autoestima. Pero en el año 2008, la ciudad concurrió a la candidatura por la capitalidad europea del 2016. En una de las numerosas conferencias que hubo que

dar para levantar el poco entusiasmo que la decisión suscitó, escribía: “En la decisión que ha adoptado la ciudad, la meta es ya la salida, el premio es haberse embarcado en el viaje, pues en los próximos ocho años Málaga se las tiene que agenciar para demostrar que ha dado un enorme salto cualitativo en los indicadores culturales de su población, pues estas distinciones están más para valorar y estimular comportamientos que para redundar en los fulgores de un pasado glorioso” . Y en unas declaraciones públicas el Alcalde de la ciudad, quizás con una carta en la manga que probablemente sólo él tenía, manifestó: “Si ser Capital de la Cultura no generara empleo ni visitantes, el compromiso y la ilusión de tener a Málaga en la vanguardia cultural ya habría valido la pena”. Como todos ustedes saben la capitalidad cultural del 2016 recayó en San Sebastián, maravillosa ciudad que no necesitaba de ningún refrendo para ser considerada capital cultural porque ya lo era de siempre. Málaga perdió, pero su pérdida fue su victoria, como vaticinó al alcalde. A partir de ese momento- y sin abstraernos en modo alguno de los innumerables problemas que cualquier ciudad española tiene hoy por una crisis de la que no hemos salido, Málaga exprimió todos los recursos de la globalidad en beneficio propio, participando activamente en todos los foros e iniciativas relativas a la eficiencia energética de sus barrios, fomento del emprendimiento, de la alta tecnología, cuidado del medio ambiente y, sobre todo y de una manera espectacular, en la demostración palpable de los beneficios económicos que pueden deparar la inteligente explotación de la creatividad y de sus recursos patrimoniales y culturales. Con ellos, con sus Museos, con la gestión del espacio público, ha conseguido sacar sus valores del fatídico círculo del provincianismo y lanzarlos al espacio de los flujos, en donde está, en una fecunda retroalimentación con la ciudad real. No se ahorran críticas a este modelo de explotación urbana que considera a las ciudades como productos en el mercado global de producciones y consumos. Pero siempre es mejor afrontar los problemas venideros desde el optimismo que da el éxito de los buenos resultados que desde el fatalismo de quien asume su postración periférica y no asume riesgos. Tras su fracaso en aquella convocatoria, Málaga es hoy una Capital Cultural de hecho cuando, por así decirlo, no pudo serlo de derecho.

Adoptemos este ejemplo como una metáfora de aplicación a los concursantes en esta convocatoria de la Capitalidad Creativa, tanto para la propuesta ganadora como para las que no lo serán. Como en Málaga, la meta ha sido el viaje y el objetivo, el propio trayecto, porque desde la diversidad de las propuestas, desde las más lúdicas a las más serias, desde las más tecnológicas a las de mayor contenido social todas están transitando con seguridad, conocimiento y convencimiento por el proceloso terreno de una modernidad que se ofrece por igual como un territorio de oportunidades e incertidumbres. En cualquier caso reconforta comprobar cómo es en el ámbito de la creatividad y la cultura donde más y mejor podremos seguir reconociéndonos como ciudadanos.

